

Universitaria hasta la conclusión de su construcción; en 1950 es nombrado representante de la Rectoría ante la Gerencia de Ciudad Universitaria. Estas actividades las realiza *ad honorem*. De 1952 a 1961 es subdirector de la Biblioteca Nacional, y durante estos años el secretario general de la Universidad, doctor Efrén C. del Pozo, le asigna la responsabilidad de coordinador para elaborar un diccionario de historia y biografías que, por deficiencias administrativas, no se concluyó. Sin embargo, éste tuvo un resultado positivo: la publicación del *Diccionario de escritores mexicanos*, que dirigiera la doctora María del Carmen Millán.

Hombre de vastísima cultura, combativo y frontal, poseedor de agudos juicios y de cáustica palabra, conversador agresivo y brillante, de personalidad única e irrepetible, don José María Luján Asúnsolo, de ilustre cepa norteña, excepcional maestro y amigo, nos priva de su generosa presencia el 19 de noviembre de 1979, a las 8:30 horas, cumpliéndose una de sus expresiones más constantes: “La aurora jamás me sorprendió dormido”.

## Lorenzo Mario Luna Díaz

*Josefina Mac Gregor*

Lorenzo Mario Luna Díaz (Nuevo Laredo, Tamaulipas, 3 de noviembre de 1951–ciudad de México, 23 de marzo de 1991) realizó sus primeros estudios, hasta los preparatorianos, en su tierra natal. De manera pronta y definitiva se inclinó por la historia: primero intentó formarse en la Universidad Iberoamericana, pero antes de que concluyera el primer año escolar optó por la UNAM.

En la Facultad de Filosofía y Letras manifestó su inquietud por el pasado medieval en una época en que casi nadie cultivaba esa parcela. Su tesis de licenciatura giró en torno a la teoría social del trabajo en la Edad Media, magnífico antecedente para realizar sus estudios de doctorado en la Universidad de Cambridge sobre ese mismo periodo histórico.

Antes de partir empezó a dar clases en la propia Facultad –aunque anteriormente las impartió en la escuela secundaria– y, a su retorno, de nuevo ocupó sus cátedras. Éstas dan cuenta de sus inquietudes académicas: la historia del medioevo, la de la cultura y el análisis historiográfico. Siempre le interesó –y lo volvió central dentro de sus ocupacio-

nes— desempeñarse como profesor: para él el estudio de la historia debía ir unido a su enseñanza, pero además, consideraba que sólo a través de la relación entre maestro y discípulo (en sus propias palabras: la del “maestro artesano que guía con seguridad la mano del aprendiz para transmitirle las habilidades del oficio”) es como los historiadores pueden formarse. En su caso siempre reconoció que fue determinante la relación que estableció con su maestro Eduardo Blanquel, y nosotros pudimos observar que, a través de ese compromiso —no obstante el cortísimo plazo del que pudo disponer—, logró formar a varios alumnos.

A pesar de que lo intentó, no se le permitió permanecer como Profesor de carrera de esta Facultad, pero siempre se mantuvo vinculado a ella como investigador del Centro de Estudios Sobre la Universidad. En esa dependencia se ocupó de desentrañar las raíces —medievales y modernas— de la Universidad novohispana. Su obra escrita al respecto, aunque breve, es rigurosa y profunda.

Sus inclinaciones por el estudio del pasado nunca lo alejaron de sus preocupaciones sobre el presente: participó —primero como estudiante y luego como profesor— en interminables discusiones sobre el Plan de estudios de Historia; fue secretario académico de la Coordinación del Colegio de la especialidad; representó al CESU ante el Consejo Técnico de Humanidades; participó ampliamente en los debates sobre la Universidad de sus días; y era, en el momento de su prematura muerte, consejero técnico profesor por el Colegio de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras. Combinaba con convicción estas labores con las de profesor e investigador, pues a la Universidad entregó y prodigó sus mejores esfuerzos.

Referirse a Lorenzo Luna es hablar del compromiso: con la institución —que anhelaba mejor cada día— y con los colegas — con quienes trabajaba hombro con hombro tanto para forjar y consolidar una vida académica como para ganar el mejor espacio posible para que ésta fuera una realidad plena—; es hablar del compromiso con los alumnos —para propiciar constantemente el conocimiento— y del compromiso con los amigos, porque sin hacer caso de sectarismos partidistas, a ellos se brindó también generosamente.

Lorenzo Mario Luna Díaz (“Mario Luna: mar, río, luna; está todo allí”) no aspiraba dirigirse a grupos masivos, se circunscribía a aquellos que, por breves, podían recibir mejor sus mejores cualidades: el rigor, la erudición, la paciencia, la reflexión, la argumentación lógica, la tenacidad, la capacidad de diálogo, la responsabilidad, la inteligencia. En suma, encarnaba el deber ser del maestro universitario.